

y los obispos presos (1), y así halló una razón a propósito para mantener lejos de Inglaterra a Martinengo. El 20 de abril los presos fueron llevados por las calles de Londres a la Torre con fuerte escolta (2), y poco después otros sesenta, todos nobles y personas notables, asimismo encarcelados (3). El 12 de mayo de 1561 escribe el embajador español (4), que la persecución de los católicos iba en aumento, y que en algunos sitios se había echado en la cárcel al alcalde y a los concejales, porque habían tratado mal o no con la debida atención a los nuevos predicadores. Por agosto del mismo año participa (5) que las cosas de la religión iban cada día peor; que los católicos morían, y los que todavía quedaban, eran perseguidos y forzados a apostatar; que el gobernador de Guernesay, uno de los más decididos y mejores hombres del reino, había muerto, y que Waldgrave le seguiría pronto; que los lores Ludburn y Wharton se habían dejado mover a prestar el juramento de supremacía para rescatarse de la cárcel; pero que a los todavía constantes los arrebatava allí la muerte por hambre (6). A mediados de noviembre seis estudiantes católicos de Oxford fueron llevados a la Torre, porque no habían querido dejar un crucifijo en la iglesia de su colegio (7).

El estallido del odio contra los católicos que fué madurando las

(1) Ibid.

(2) De la Quadra a Granvela en 21 de abril de 1561, en Kervyn de Lettenhove, II, 557.

(3) De la Quadra a Margarita de Parma, en 28 de abril de 1561, en Kervyn de Lettenhove, II, 560. Según la relación de Sander al cardenal Morone, además de los presos con Waldgrave, estaban también entonces en la Torre diez estudiantes de derecho civil y 160 personas ordinarias, por razón de haber oído misa. *Publ. of the Catholic Record Society*, I, 45. *The Month*, 1909, II, 309. Cf. de la Quadra a Felipe II en 5 de mayo de 1561: de los quales [católicos] tiene [la reina] las cárceles llenas y cada día se prenden más. *Corresp. de Felipe II*, tomo I, 351.

(4) a Granvela, en Kervyn de Lettenhove, II, 568.

(5) a Felipe II, *ibid.*, 608-609, nota.

(6) Waldgrave murió en septiembre de 1561. Había pagado la multa de 200 ducados por haber oído una misa, pero no fué sacado de la cárcel, porque había dado 10000 ducados de limosna a católicos pobres. El día antes de su muerte mandó, que todos sus bienes fuesen asimismo distribuidos entre católicos pobres (de la Quadra a Margarita de Parma, en 6 de septiembre de 1561, en Kervyn de Lettenhove, II, 620 s. Cf. de la Quadra a Felipe II, en 3 de junio de 1561: No quieren admitirlos á la pena del Estatuto porque están determinados de no soltarlos. *Corresp. de Felipe II*, tomo II, 358).

(7) De la Quadra a Margarita de Parma, en 15 de noviembre de 1561, en Kervyn de Lettenhove, II, 643.

leyes rigurosas de 1563, se anunció ya en agosto del año precedente. Mientras hasta entonces se había confiado el proceder contra los católicos sólo a tres comisarios, el 30 de julio fueron nombrados quince, y todo llevaba camino de que ahora se emplearía la espada contra los partidarios de la antigua religión (1). Poníase bajo estrecha vigilancia a los sacerdotes que se negaban a prestar el juramento; habían de vivir en determinados barrios, donde se los podía observar fácilmente; se formaban listas de «recusantes», y se multiplicaban los arrestos y encarcelaciones (2). Hacia fines de 1562 juzgaba el embajador español deber temer «enormes crueldades» contra los presos católicos de la Torre; allí la situación de los encarcelados era ya de suerte, que declararon al castellano de la Torre, que desearían ser ejecutados «antes hoy que mañana» (3). Por el mismo tiempo se permitieron un atentado hasta entonces inaudito a los derechos de las embajadas extranjeras: se prohibió a los de otras naciones que residían en Londres, aun a los que no estaban naturalizados, oír misa en casa del embajador español (4). En el siguiente enero el gobierno fué tan allá que hizo cerrar de nueve a una la puerta de la embajada española, para que nadie pudiese asistir allí a la misa (5). Según una comunicación de de la Quadra, Isabel a fines de febrero había prometido a todos los encarcelados por oír misa, que podrían volver a vivir según su antigua costumbre; la reina empero debía de haber vuelto a mudar de parecer, pues las cárceles permanecían llenas de tales presos (6). Por julio del mismo año hízose ciertamente Isabel por algún tiempo más blanda con los católicos (7).

(1) De la Quadra a Granvela en 29 de agosto de 1562, en Kervyn de Lettenhove, III, 124. Frere, 80.

(2) Frere, 80.

(3) lo que han respondido al Castellano del Torre que los tiene presos es, que antes oy que mañana dessean que les acaben la mala vida que passan. De la Quadra a Granvela en 27 de diciembre de 1562, en Kervyn de Lettenhove, III, 223.

(4) Ibid.

(5) *Corresp. de Felipe II*, tomo I, 439 ss., 484 ss. De la Quadra a Margarita de Parma en 10 de enero de 1563, en Kervyn de Lettenhove, III, 266. La respuesta del Consejo real a las quejas de de la Quadra, de 7 de enero de 1563, puede verse en la *Corresp. de Felipe II*, tomo I, 448; un extracto de la misma trae Stevenson, *Calendar, Foreign*, 1563, n. 44, p. 25, 27.

(6) A Margarita de Parma en 27 de febrero de 1563, en Kervyn de Lettenhove, III, 259; y assi se tienen las carceles llenas dellos.

(7) De la Quadra a Granvela en 3 de julio de 1563, en Kervyn de Lettenhove, III, 499.

Mano a mano con la opresión de la antigua Iglesia iban los conatos para afianzar la nueva religión. Desde mayo y junio de 1559 sólo dos de los antiguos obispos, Kitchin y Stanley, habían dejado de ser depuestos; era por tanto necesario ante todo establecer una nueva jerarquía. Isabel no se apresuró grandemente en este respecto. El Parlamento había concedido al gobierno el derecho de permutar las posesiones de la Iglesia por otros bienes eclesiásticos ya confiscados; la reina ahora deseaba ver terminada la permuta antes del nombramiento de los obispos. Para arzobispo de Cantorbery y padre de la nueva jerarquía anglicana había sido escogido ya en diciembre de 1558 Mateo Parquer. El 1.º de agosto de 1559 fué elegido por el cabildo de Cantorbery y consagrado el 17 de diciembre en el palacio episcopal de Lambeth. Contra la legitimidad de esta consagración se podían oponer dificultades aun si se atiende al derecho inglés (1); pero la reina suplió todos los defectos con una cláusula que puso en el documento del nombramiento de Parker (2). Hasta marzo de 1560 se habían instituido trece nuevos obispos, de los cuales once recibieron la consagración de Parker; dieciséis de los veintisiete obispados de Inglaterra volvieron a tener ahora un administrador.

Los nuevos obispos hallaron sus diócesis en estado desconsolador. En el arcedianato de Colchester, todavía en 1563 casi una tercera parte de las parroquias estaba sin ningún clérigo, en la ciudad de Colchester había diez parroquias vacantes, y tres años más tarde de 850 prebendas de la diócesis de Londres, había aún casi ciento sin proveer (3). En Rochester sólo 13 de los 64 miembros del clero parroquial estaban capacitados para predicar, y éste era todavía un estado favorable en comparación de otras diócesis (4). Por eso el obispo Grindal de Londres ordenó luego el primer mes en cuatro veces cien clérigos, y Parker en *un solo* día 150, entre ellos muchos artesanos sin letras (5). En el discurso de apertura del Parlamento de 1563 se decía, que los predicadores no eran celosos, y que los legos eran negligentes en oír la doctrina

(1) V. arriba p. 196.

(2) Frere, 5, 46-49.

(3) Ibid., 105.

(4) Ibid., 107.

(5) Ibid., 60.

reconocida oficialmente; que había pocos eclesiásticos, y que entre ellos se hallaban algunos incapaces; que la disciplina estaba relajada, de tal manera que cada cual vivía como quería y sin temor (1).

Además de esto, reinaba la desunión entre los protestantes. Muchos de los fugitivos que en tiempo de la reina María pasaron al continente, habían en Suiza cobrado gusto a la organización eclesiástica calvinista; el anglicanismo les parecía una mezcla de elementos católicos y protestantes, y poco conforme con la «palabra de Dios». Aun algunos obispos propendían a esta dirección, llamada puritana (2). La oposición se manifestó ante todo en las contiendas muy poco importantes, sobre si estaba permitido llevar en los actos del culto algunas vestiduras recibidas de la antigua Iglesia, cuyo uso guardaba todavía el Libro de la oración común (3).

La reina misma conservaba en algunos puntos cierto apego a la forma externa del culto a que estaba acostumbrada desde su juventud. En su capilla hubo de reponerse pronto sobre el altar una cruz con dos velas, y persistió firme en ello a pesar de la indignación de los calvinistas por este «escándalo» (4). Todavía es más notable en Isabel la aversión a los clérigos casados; Cecil tuvo trabajo en apartarla de la idea de obligar de nuevo a sus eclesiásticos al celibato (5).

En lo tocante a las reformas no se pidió al pueblo su opinión. Obedeció exteriormente a la violencia tiránica, pero en el corazón quedó aún por mucho tiempo adicto al antiguo culto (6). La conse-

(1) Frere, 95. Por lo demás tampoco era envidiable la situación de los nuevos obispos. Cf. J. N. Birt en la *Dublin Review*, CXXI (1897), 125 ss.

(2) Frere, 8 s., 94 s.

(3) Ibid., 54 ss., 111 ss. Hasta el uso de anillos nupciales en los casamientos fué combatido por los puritanos. Ibid., 95.

(4) Ibid., 52 s.

(5) Ibid., 68 s.

(6) «Para decir la verdad, observa el anglicano Frere, en modo alguno amigo de los católicos (p. 129 s.), los inmediatos resultados de lo que se llamaba Reforma, no los podía ésta recomendar a los que todavía se mantenían adheridos a lo que, en el lenguaje de aquella época, se decía «la antigua religión». Oían hablar mucho de restauración de la pureza en la fe y en el culto, según el modelo de la antigüedad. Pero lo que realmente veían ante sus ojos como inmediato resultado de la mudanza, era la profanación de las iglesias por el destrozo de sus imágenes, la destrucción de los altares, la quema del sagrado ornato de los templos y la burla de los sacrosantos ritos y ceremo-

cuencia de la legislación hostil a los católicos no fué el ardoroso apasionamiento por lo nuevo, sino una creciente indiferencia religiosa (1). A la verdad sólo relativamente pocos hallaban la fuerza moral para sacrificar antes su hacienda y su libertad que hacer traición a su conciencia, o tomar sobre sí las durezas de un voluntario destierro de la patria (2), pero eran los mejores de su nación, el honor de Inglaterra y de la Iglesia católica.

## IV

En Escocia, donde desde el siglo xv la menor edad de tres reyes había dado poderoso impulso a la insolencia y arrogancia de la indómita nobleza (3), estalló la revolución política y la religiosa cuando en 1542, después de la muerte de Jacobo V, comenzó de nuevo una época sin rey efectivo. La heredera del trono, María Estuardo, a la muerte de su padre, no tenía sino pocos días, y desde los seis años vivió como futura esposa de Francisco II en suelo francés. La violenta pretensión de Enrique VIII, que, con

nias. La mofa blasfema de la Eucaristía, no sólo fué un desmán pasajero de los primeros días de la reacción, sino que se consideró como oportuno objeto de entretenimiento, para divertir con él a la reina y a la corte en su visita a Cambridge en 1564. Se emprendió con gran brío el restablecer la comunión, pero el resultado inmediato fué, que cada día era menos frecuente la recepción de la Eucaristía. Hiciéronse asimismo esfuerzos por despertar de nuevo el conocimiento de la Sagrada Escritura, e introdujose a este fin un orden de servicios divinos diarios. Mas el inmediato resultado fué la decadencia del culto divino diario. El recusante había visto en su juventud las iglesias llenas enteramente todos los días de personas devotas, y ahora comenzaban a cerrarse las puertas de los templos desde el lunes hasta el sábado, el pueblo dejaba de frecuentar diariamente las iglesias, y se contentaba con asistir a la función religiosa del domingo, y, por seguir el uso, a recibir raras veces la comunión. No es de maravillar, que muchos, y muchos de los mejores, querían más hasta los abusos del antiguo sistema, que las reformas del nuevo.»

(1) Según Frere, 94, Parker deseaba en la apertura de la asamblea del clero, de 1563, reform of that growing negligence of the people in worship which followed upon the Act of Uniformity and its system of enforcing church attendance by civil compulsion.

(2) Cf. R. Lechat, *Les Réfugiés Anglais dans les Pays-Bas espagnols 1568 à 1603*, Louvain, 1914.

(3) Subieron al trono siendo menores de edad, Jacobo II, Jacobo III y Jacobo V. Ya antes la prisión de largos años en Inglaterra, de Jacobo I, había hecho necesaria una regencia (Bellesheim, I, 270 ss., 286 ss., 306 ss.). Sobre la aristocracia escocesa de aquel tiempo observa Hosack (I, 2): Scotland was oppressed by a nobility the most rapacious and corrupt that probably ever existed.

expediciones bélicas devastadoras, quería obligarla a dar la mano a su hijo, la había lanzado a tierra extranjera, donde cada vez más desaparecía de la vista de sus futuros vasallos (1).

Entre tanto el reino de la joven princesa fué precipitado a un estado de anarquía y extrema confusión por las expediciones guerreras de Enrique VIII. Lord Hertford en 1543 recibió del rey de Inglaterra el expreso encargo de devastar a hierro y fuego el reino del norte (2). Edimburgo ardió en llamas por espacio de tres días, 192 ciudades, iglesias parroquiales y castillos, y 243 pueblos fueron destruidos y reducidos a cenizas, y el país casi convertido en un desierto (3). Una cosa parecida ocurrió en los años siguientes. Después de la muerte de Enrique VIII, Hertford, ahora duque de Somerset y protector del reino, continuó la obra comenzada; junto a Pinkie causó a los escoceses una terrible derrota, Leith fué reducida a cenizas y la abadía de Holyrood devastada.

Precisamente de este tiempo de devastación y de horrores procede la decadencia de la antigua fe. Al nacer María Estuardo, Escocia era en general todavía católica. Los predicantes del luteranismo habían hallado poca aceptación, y el Parlamento decretó contra ellos leyes severas en 1535 (4). El grito de guerra de los escoceses en Pinkie: «¡Mueran los herejes ingleses!» muestra que la mayor parte de los escoceses se mantenían firmes entonces todavía en la antigua fe, como asimismo que el pueblo conocía claramente la verdadera significación de las invasiones de los ingleses (5). Sólo poco a poco en aquellos años de desdicha las innovaciones religiosas ganaron terreno; al esfuerzo de los sínodos de 1549 y 1551 por quitar a la mudanza de religión el principal pretexto mediante la reforma del clero, y por elevar la instrucción religiosa del pueblo con un nuevo catecismo para los párrocos (6), no pudo ya corres-

(1) Cf. nuestros datos del vol. XII, 380 s.

(2) Hamilton Papers, II, 326; cf. Fleming, 189, nota 63. Dícese en la instrucción por ejemplo: Do what you can out of hande, and without long tarrying, to beate down and overthrowe the castle, sack Holyrod house, and as many townes and villaiges about Edinborough as ye may conveniently, sack Lythe and burne and subverte it and all the rest, putting man, woman, and child, to fyre and swoorde... En este tono bárbaro sigue lo demás.

(3) Forbes-Leith, 21 s.

(4) Bellesheim, I, 332.

(5) Forbes-Leith, 29, nota. Bellesheim, I, 365.

(6) Bellesheim, I, 370 ss. Sobre el catecismo de Hamilton, *ibid.*, 380; del mismo ha sido hecha una nueva edición por Mitchel, Edimburgo, 1882, y otra por Graves Law con prólogo de G. E. Gladstone, Oxford, 1884.

ponder muy feliz éxito, aunque la paz de Boulogne de 1550 puso también fin a la larga guerra con el vecino inglés.

Un papel vergonzoso habían desempeñado en estas guerras los barones escoceses. Ganados por el oro inglés, prestaron voluntarios servicios a los devastadores de su propia patria, para «introducir, como ellos decían, la religión protestante en sus posesiones, porque la Biblia era la piedra fundamental de toda verdad y honor» (1). Una lista de 200 «hombres de honor» semejantes que se habían vendido a Inglaterra, cayó en manos del regente escocés Arran, poco después de la muerte de Enrique VIII (2).

Al principio en Escocia la predicación de la nueva fe había estado en manos de personas del todo insignificantes (3); fué por tanto de grande importancia el haberse dirigido al país vecino del norte, después de subir al trono de Inglaterra la reina María, muchos de los predicadores protestantes por ella expulsados. Todavía fué de mayores consecuencias el haber huído por temor de María a Ginebra, para beber el espíritu de Calvino en la misma fuente, el hombre que en otro tiempo fundó la primera comunidad protestante escocesa entre los asesinos del cardenal Beaton y los amigos de éstos, luego, después de diecinueve meses de castigo en galeras francesas había predicado en Inglaterra con ardor febril, y ahora iba a ser el verdadero padre de la escisión religiosa de Escocia. Hasta entonces el protestantismo escocés se había movido casi únicamente en los rieles de Lutero (4). Juan Knox (5) fué quien lo llevó definitivamente al campo del calvinismo.

(1) Forbes-Leith, 27.

(2) Ibid. Diferente era la disposición de ánimo del pueblo respecto a los conatos de hacer inglesa a Escocia. El embajador inglés Sadler llegó a oír decir, que no había niño en Escocia por pequeño que fuese, que no arrojase piedras, que las mujeres saldrían corriendo con sus ruecas, y que todo el pueblo antes quería morir en *un solo* día, que ser esclavo de Inglaterra. Hamilton Papers, I, 477, en Fleming, 183 s. Forbes-Leith, 18.

(3) Bellesheim, I, 383.

(4) Ibid., 326, 332, 334 s., 369. Wishart, con quien fué el primero en juntarse Knox, era con todo discípulo y amigo de los reformadores suizos. Real Enciclopedia de Herzog, X<sup>3</sup>, 603.

(5) Sus obras han sido editadas por Laing, 6 tomos, Edimburgo, 1846 a 1864. Su biografía la publicó Tomás Mac Crie, en 1811, la cual ha sido reimpressa muchas veces; otra sacó a luz J. H. Brown, Londres, 1895, y una tercera A. Lang, *ibid.*, 1905. P. J. Kromsigt, John Knox als Kerkhervormer, Utrecht, 1895.

Como para Calvino, así para Knox es fundamento aun del orden político la horrible doctrina de la incondicional predestinación, según la cual una parte de los hombres ha sido criada para el cielo, y la otra de antemano para la eterna condenación. Ahora bien, a los ojos de Knox, sus partidarios son los escogidos, los santos del Señor, y los católicos al contrario son infieles e idólatras, y de la Sda. Escritura saca Knox el precepto divino general de que en caso necesario se han de exterminar con la espada todos los idólatras. Además la comunidad del Señor tiene el derecho y el deber de ejecutar aun con la fuerza de las armas, lo que le parece ser voluntad de Dios; hasta contra las autoridades legítimas puede en este caso la comunidad y en su nombre el individuo, echar mano de la espada y del acero homicida (1). Tales doctrinas vinieron muy bien a los barones escoceses, pues ofrecían una justificación de las violencias que ya desde largo tiempo cometían aun sin paliarlas con sentencias bíblicas. Su mismo maestro pudo sentirse arrastrado al calvinismo por su índole dura y pertinaz, así como por la exasperación y ofuscamiento de su modo de ser.

Knox fué indudablemente hombre de no vulgares disposiciones, pero ni era un talento original ni grande. Audaz e inculto, disponía de una notable facilidad de expresión y elocuencia natural; no obstante, sus ideas, prescindiendo de su mayor tosquedad, son propiamente de Calvino. No tenía sentido ninguno para la formación exquisita, ni para los grandes recuerdos de su pueblo. En el aspecto religioso carecía enteramente del espíritu de mansedumbre de Cristo y del Evangelio; es el apóstol con espada y tea incendiaria. Con todo, no poseía el valor de los mártires. Donde amenaza un peligro, sabe muy bien ponerse en seguridad; pero cuando tiene las espaldas guardadas, su osadía no conoce límites,

(1) «Cuando se trata de la ejecución de esta única suprema voluntad, entonces ciertamente toda otra jerarquía que se oponga tal vez en el terreno civil, aun la autoridad de las más altas superioridades civiles, ha de ceder; el pueblo que profesa la ley de Dios, en virtud de su propio derecho, o más bien, en virtud de su propio deber, en caso necesario, tiene que emprender por sí mismo y violentamente la ejecución, y cuando a un pueblo de Dios no le es posible obrar en común para este fin, entonces aun cada hombre particular tiene el derecho de celador, o más bien, el deber de celador.» Real Enciclopedia de Herzog, X<sup>3</sup>, 603. Sobre la correspondiente doctrina de Calvino cf. *ibid.*, III<sup>2</sup>, 665 y la Institutio de Calvino, IV, 20, 31 s.

y con una especie de genialidad sabe entonces azuzar a la plebe y dirigirla adonde le place (1).

Cuando en 1554 la madre de María Estuardo, María de Guisa, sustituyó en la regencia al conde de Arran, se abrió para Knox la perspectiva de ejercer actividad en su patria. María debía su elevación ante todo a los lores afectos a Inglaterra; por tanto toleraba en silencio que se predicase bajo mano la nueva doctrina (2). Ahora, en el otoño de 1555, también Knox volvió a Escocia y predicó incansablemente en los territorios de los nobles protestantes. Su tronar contra la «idolatría» no quedó sin efecto. Donde sus secuaces pudieron, suprimieron ya entonces el culto católico, expulsaron a los sacerdotes y religiosos, quemaron las iglesias y sus objetos de adorno (3). En este proceder tan poco fué impedido por los obispos como por la regente, pues ninguno de ellos se portó como exigía su posición. Cuando finalmente se envió una citación a Knox para el 15 de mayo de 1556, compareció él para la actuación judicial, pero no sus jueces. Por eso el atrevido agitador no tuvo por peligroso predicar todavía aquel mismo día públicamente en Edimburgo, y por medio de una carta abierta exhortó a la regente a abrazar ella misma la nueva doctrina (4). Con todo, no tuvo suficiente valor, cuando amenazaba un serio procedimiento eclesiástico contra él; huyó de nuevo a Ginebra (5). Knox fué luego con efecto quemado en estatua en Edimburgo. Pero la dolorosa impresión que causó esta condenación tardía de un ausente, acrecentó sobremanera el ánimo de los herejes. Juan Douglas, carmelita apóstata, predicó ahora asimismo públicamente en Edimburgo (6), y los cabecillas del partido de la nobleza, en marzo de 1557, dirigieron a Knox sin miedo alguno una invitación a que volviera a su patria. A pesar de esto, Knox no se atrevió a llegar más que hasta Dieppe. No obstante, una carta enviada por él a sus amigos de Escocia, produjo un poderoso efecto aun sin su presencia. El 3 de diciembre de 1557 juntáronse los cabecillas de la nobleza protestante y dieron a su partido una

(1) Para conocer el carácter distintivo de Knox cf. Bellesheim, II, 134; Hosack, II, 163 s.

(2) Forbes-Leith, 31. Bellesheim, I, 385.

(3) Forbes-Leith, 32.

(4) Bellesheim, I, 385 s.

(5) Ibid., 387.

(6) Ibid., 387 s.

organización por medio de una alianza firmada. Designáronse a sí mismos los confederados como la Congregación del Señor, y a la Iglesia católica, como la Congregación de Satanás; los firmantes, a cuya cabeza estaban los condes de Argyll, Morton y Glencairn, se obligaron según la antigua costumbre escocesa, a perseverar unidos hasta la muerte, y prometieron defender la nueva doctrina, «la santa palabra de Dios en su Congregación», profesar paladinamente que eran enemigos de la «Congregación de Satanás, de sus abominaciones y de su idolatría» (1).

Con esto quedaba declarada en toda forma a la antigua Iglesia la guerra de exterminio. Los lores de la «Congregación del Señor» expulsaron de sus posesiones a los clérigos católicos, y los sustituyeron por predicadores herejes (2). Era tanto menos de temer entonces de la regente un proceder riguroso, cuanto necesitaba la aprobación de los lores protestantes para el matrimonio francés de su hija. Por esta causa, las peticiones del partido, de que se diese libertad para practicar el culto protestante, fueron bien recibidas por ella (3), mientras que en lo principal fueron rechazadas por un último y tardío concilio de reforma de los prelados católicos, que se celebró en marzo y abril de 1559 (4).

Sólo por Pascua de 1559 la regente mudó de conducta, prohibiendo a los predicantes hablar públicamente y haciendo depender la administración de los sacramentos del asentimiento del obispo (5). Ahora los acontecimientos se sucedieron rápidamente. Los predicantes no obedecieron. María los citó a juicio en Stirling para el 10 de mayo; no comparecieron y fueron desterrados. Despechados por esto, tenían ahora diariamente en Perth sermones incendiarios contra la «idolatría» de los católicos y sobre la obligación de extirparla. La exacerbación que con esto provocaron, estalló cuando Knox, que desde el 2 de mayo de 1559 estaba de nuevo en Escocia, predicó en Perth el 11 de mayo, contra la «idolatría». La muchedumbre destrozó las imágenes de los santos y todo el ornato de la iglesia parroquial, fué desde allí a las iglesias de los dominicos, franciscanos y cartujos, y las redujo

(1) Ibid., 389 s. Forbes-Leith, 34. Calderwood, Hist. of the Kirk of Scotland, ed. Thompson, Edinburgh, 1842, I, 326 s.

(2) Bellesheim, I, 390.

(3) Ibid., 392.

(4) Ibid., 393 ss.

(5) Ibid., 407.